

bio, adopten otros nombres europeos o americanos del Norte supuestamente más prestigiosos, tienen todos grandes salas coloridas con sus mesas enfocadas por ojos gigantes donde gesticulan monigotes mudos, mientras un hilo musical llena la atmósfera de una música edulcorada y de fácil digestión.

Felizmente sobrevive también la institución del café del barrio, refugio de sabihondos y suicidas que abren su alma al amigo como otros lo hacen al confesor o al psicólogo.

Cuando recaló en los cafés paro la oreja profesional de cronista del día a día de mi ciudad, a contragusto de mi subconsciente educado en la discreción por un padre socialista, de los de antes, y presto atención a los diálogos.

Diálogos de los cafés de Buenos Aires que sostienen hombres y mujeres que se confidencian. En el *Plaza Dorrego*, frente al mercado de las pulgas del barrio de San Telmo, eran las siete de la tarde –la hora imprecisa de la transición, la *rush hour* de Buenos Aires en los tiempos en que la gente vivía de un solo trabajo y que usaban los amantes para sus encuentros clandestinos– cuando escuché la conversación de una pareja que estaba a mis espaldas. Más bien habría que decir el monólogo de un hombre doliente apenas respondido por los monosílabos de la mujer. Era un lamento de amor punteado por una frase que a modo de estribillo repetía él como una letanía: «¿Vos sabés cuánto hace que no me decía que me amás?» Me levanté al mismo tiempo que ellos y pude observarlos. Él tendría cuarenta y cinco años, ella rondaría los treinta. El hombre vestía pulcramente un traje y una corbata fuera de moda. Se caló un sombrero de ala ancha, como los que usaba mi padre en los cuarenta. Hoy, en que el sombrero es un complemento divertido para asistentes a fiestas frívolas, lucía anacrónico en el atuendo del hombre, que tal vez lo usaba para cubrir su amplia calva. Se despidieron en la acera, una despedida que tal vez los acercaba al final. Él subió a un auto antiguo para continuar sus correrías de agente libre de comercio, supuse. Llegaría tarde a su casa, la mujer lo esperaría con la cena recalentándose en el fuego, iría hasta el dormitorio de sus hijos ya dormidos para darle el beso de las buenas noches.

Los hombres se confidencian en los cafés de Buenos Aires. Dos hombres hablando a media voz. A veces salta una palabra que logro reconocer: «abandono», «traición», «desesperanza». Hace unas pocas mañanas, en el bar *Van Gogh* del centro de la ciudad, café de estudiantes, un hombre de cincuenta años confiaba a su amigo sus fracasos amorosos. No obstante sus sufrimientos se veía por su expresión que anhelaba volver a amar, necesitaba amar. Un ciudadano español medio instalado como espectador repentino de esta escena no dudaría en calificar de blandengues a esos hombres

que se murmuran confidencias. No puedo imaginar una escena semejante en un bar español, porque las confesiones sentimentales no se hacen a voces y dando puñetazos sobre la mesa de mus; el lamento del corazón se emite en un susurro.

Mi país ha perdido muchas cosas, también esta decadente ciudad de Buenos Aires, pero el quebranto del tango sigue oprimiendo como siempre el alma de los porteños.



PORTUGAL — RETRATOS  
ESCRITORES — 14

Poeta e pedagogo. Nasceu em S. Bartholomeu de Messines a 8 de Março de 1830 e falleceu em Lisboa a 11 de Janeiro de 1896, entrando no Pantheon dos Jeronymos a 15 do mesmo mez.

CCXCIV